

EL PARNASO DE CERVANTES
Y OTROS PARNASOS

EDS. ABRAHAM MADROÑAL
Y CARLOS MATA INDURÁIN



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2017

EL PARNASO DE CERVANTES
Y OTROS PARNASOS

ABRAHAM MADROÑAL Y CARLOS MATA INDURÁIN
(EDS.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA»

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT
STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA / REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama digital

© De los autores

ISBN: 978-1-938795-12-1

Depósito Legal: NA 185-2017

New York, IDEA/IGAS, 2017

EL PARNASO DE CERVANTES
Y OTROS PARNASOS

ABRAHAM MADROÑAL Y CARLOS MATA INDURÁIN
(EDS.)

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prólogo, por CARLOS ALVAR | 9 |
| I. EL PARNASO CERVANTINO | |
| JAUME GARAU | |
| A vueltas con la ortodoxia cervantina en el <i>Persiles</i> | 13 |
| MARÍA LUISA LOBATO | |
| «Son la Adulación y la Mentira hermanas»: Cervantes y el mérito en el <i>Viaje del Parnaso</i> (1614) | 37 |
| ROSA NAVARRO DURÁN | |
| La organización del <i>Viaje del Parnaso</i> : alegoría y motivos literarios | 53 |
| FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ | |
| Lope de Vega ante el <i>Viaje del Parnaso</i> | 75 |
| II. LOS OTROS PARNASOS | |
| ALFREDO ALVAR EZQUERRA / DIANA E. DÍEZ LÓPEZ | |
| Contenido y dispersión de una colección «imperial»: la famosa de Altamira | 93 |
| CONSTANCE CARTA | |
| Primera aproximación a un parnaso popular decimonónico: la colección de pliegos de Carmona en la Biblioteca Universitaria de Ginebra | 131 |

| | |
|---|-----|
| EPICTETO DÍAZ NAVARRO | |
| Unas notas a la comedia anónima <i>Satisfacciones de amor</i> <i>ofensas de sangre borran</i> (c. 1760) | 157 |
| VANESSA GONZÁLEZ | |
| La figura de Pero Grullo y sus profecías, según un nuevo manuscrito de la Colección Favre, Biblioteca de Ginebra | 171 |
| ABRAHAM MADROÑAL | |
| Pliegos poéticos desconocidos en las Bibliotecas de la Universidad de Ginebra | 195 |
| BELINDA PALACIOS | |
| Índice de la colección de pliegos sueltos de la Biblioteca de la Universidad de Ginebra | 285 |

PRÓLOGO

El libro que tienes en las manos, atento lector, puede parecerte heterogéneo y de hecho lo es, como su propio título indica. En vano buscaremos un hilo conductor entre la obra de Cervantes y los demás textos que aquí se presentan. Y, sin embargo, se puede hablar de coincidencias fortuitas. Sin duda, la más llamativa es que el *Viaje del Parnaso* viera la luz en 1614 y que justamente trescientos años más tarde se publicara el catálogo de la colección de Édouard Favre, trabajo ejemplar llevado a cabo por Léopold Micheli. Se trata de un conjunto de varios miles de documentos conservados en la Biblioteca de Ginebra, conocida hasta hace unos años como *Bibliothèque publique et universitaire* (BPU), cuya existencia se remonta a 1556. Y no faltan en la colección composiciones poéticas de nuestro Siglo de Oro y épocas posteriores.

Hay, pues, una razón cronológica para celebrar la publicación del libro de Cervantes y la aparición de las primeras informaciones amplias sobre un conjunto de obras apenas explorado. Si además añadimos la rica serie de pliegos de cordel de los siglos XVIII y XIX de nuestra biblioteca, en torno a un millar de piezas, resultará plenamente justificable el título del libro que presentamos, *El Parnaso de Cervantes y otros parnasos*.

Diez trabajos forman el contenido de este volumen: cuatro de ellos, dedicados a la obra de Cervantes; otros cinco, referidos a materiales de la biblioteca ginebrina; en fin, otro artículo se centra en aspectos históricos que explican cómo a finales del siglo XIX y en los primeros años de la centuria siguiente se fue deshaciendo la magnífica colección de Altamira, dividida en varios lotes que se dispersaron por el occidente europeo.

Se reúnen ahora parte de los resultados de las investigaciones de una decena de especialistas que los presentaron en la Universidad de Ginebra a finales de septiembre y comienzos de octubre del año 2014, gracias a la generosa colaboración del Grupo de Investigación Siglo de

Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra. El camino ha sido largo desde aquellos días de reuniones hasta la aparición de este libro, pero sin duda, atento lector, no se te escapa el hecho de que entre medias ha habido celebraciones varias que nos han impedido prestar toda la atención que merecía este volumen, o como diría Cervantes, «tuvimos otras cosas en que ocuparnos».

Queden el interés por el *Viaje del Parnaso*, la colección Favre y los pliegos de cordel de una época posterior: ahí está la esencia de este libro en el que se unen los peculiares gustos poéticos de Cervantes, los autores conocidos y menos conocidos del Siglo de Oro, y los anónimos versificadores —casi todos salidos de la musa popular— de imprentas menores de las mermadas provincias de nuestros siglos XVIII y XIX.

Y tú, paciente lector, queda en paz.

Carlos Alvar
Université de Genève

CONTENIDO Y DISPERSIÓN DE UNA COLECCIÓN «IMPERIAL»: LA FAMOSA DE ALTAMIRA¹

*Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC) con la colaboración de
Diana E. Díez López (Colegio Mirabal, Boadilla del Monte, Madrid)*

Es una obviedad recordarlo. Quienes primero escribieron con sosiego y método sobre la «Colección Altamira», o mejor dicho sobre la dispersión del patrimonio escrito de los Condes de Altamira fueron Amezúa en 1941, y Gregorio de Andrés allá por 1986². Sin embargo, de la atenta lectura y relectura de sus trabajos se pueden sacar ideas confundidas y confusas.

Cuando la colección de manuscritos se desmembró en el siglo XIX, dos partes quedaron en España, una pasó a Londres y otra a Ginebra. Esto es lo que se sabía hasta hace poco. Parece ser que hubo cajas o legajos que se desgajaron también y han ido a otros paraderos: concretamente a Nueva York.

Por su parte, los libros viajaron por toda Europa.

En 1870 la familia Altamira estaba arruinada.

¹ Este trabajo forma parte de los realizados al amparo del proyecto de investigación del Plan Nacional de I+D+i financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Reino de España, que se realiza en la Agencia Estatal Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) bajo la dirección del dr. Alfredo Alvar Ezquerro, cuyo título es «La escritura del recuerdo en primera persona: diarios, memorias y correspondencias de reyes, embajadores y cronistas (siglos XVI-XVII)» (HAR2011-30251).

² Andrés, 1986.

ORÍGENES DEL TÍTULO NOBILIARIO

Según parece el título de Conde de Altamira fue creado en 1455 y beneficiado con la Grandeza de España en 1613. El primer titular fue don Lope Sánchez de Ulloa y Moscoso y su casa solariega era la fortaleza de Altamira en Brión (La Coruña).

Los condes de Altamira —en cuanto Osorio Moscoso— han ido siendo a lo largo del tiempo duques de Maqueda (Toledo), marqueses de Astorga (León), Elche (Alicante), Almazán, Ayamonte (Huelva), Villamanrique de Tajo (Madrid), Leganés (Madrid); condes de Lodosa (Navarra), Palamós (Gerona), Garcíez (Jaén), Iznájar (Córdoba); barones de Calonge y de Bellpuig (Gerona).

Pero por otros linajes (especialmente Sessa y Aguilar) han recibido tal variedad y multitud de títulos que resulta imposible resumirlos ahora. Nos fijaremos solo en que la escalada de títulos se desborda a partir de Antonio Gaspar de Moscoso Osorio y Aragón (1689-1725), IX conde de Altamira, VII marqués de Almazán, XI conde de Monteagudo de Mendoza, VII conde de Lodosa, VII marqués de Poza, III marqués de Morata de la Vega, V duque de Sanlúcar la Mayor, IV marqués de Leganés, VI conde de Arzacóllar y cuyo hijo recibió algunos títulos más: Ventura Osorio de Moscoso y Guzmán Dávila y Aragón (1707-1734/46), fue el X conde de Altamira, VI duque de Sanlúcar la Mayor, VI duque de Medina de las Torres, XIV marqués de Astorga, VIII marqués de Almazán, IX marqués de Poza, IV marqués de Morata de la Vega, V marqués de Mairena, X marqués de Ayamonte, VII marqués de San Román, VII marqués de Villamanrique, IV marqués de Monasterio, V marqués de Leganés, VIII marqués de Velada, XIII conde de Monteagudo de Mendoza, VIII conde de Lodosa, VIII conde de Arzacóllar, XIV conde de Trastámara, VIII conde de Saltés, XVI conde de Nieva y XV conde de Santa Marta de Ortigueira.

Dando un salto en el tiempo y acercándonos a 1870 que es la época que nos interesa en este trabajo, era el titular del condado José María Osorio de Moscoso y Carvajal (1828-1881), XV conde de Altamira, XVI duque de Sessa, XVIII de Maqueda, VI de Montemar, XX marqués de Astorga, XI de San Román, IX de Morata y XI del Águila, XX conde de Trastámara, el cual casó con Su Alteza Real doña Luisa Teresa María de Borbón y Borbón Dos-Sicilias, Infanta de España, hija de Francisco de Paula de Borbón y Borbón y de Luisa Carlota de Borbón Dos-Sicilias.

En la actualidad ostenta el título Gonzalo Barón y Gavito...

No hemos pretendido con esta proliferación de títulos apabullar a nadie. Tan solo explicar que uno de los bienes materiales más importantes de un linaje es el archivo que custodia los documentos de gestión del título, o que le dan lustre y gloria. Cada vez que un Osorio Moscoso heredaba un título, recibía naturalmente el archivo y la biblioteca del antecesor correspondiente.

Así, con Sessa venían papeles del Gran Capitán, pero también comedias de Lope de Vega autógrafas; con Velada, riquísimos epistolarios de los Gómez Dávila, y en concreto del marqués que vio declinar el reinado de Felipe II y ascender el de Felipe III y que de todo dejó rastro en cartas con validos y políticos y validos de validos del tiempo del valido³. Y, como recuerda de Andrés, matrimonios tales como los de alguna Pimentel (Benavente) con algún Fernández de Córdoba (Sessa), dejaba en dotes o en regalos familiares algún que otro códice, o similar regalo.

Pero además de los documentos propios de cada Casa, hubo alguna colección documental que se hizo con papeles ajenos. Es el caso de la don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares y Duque de Sanlúcar la Mayor, que reunió y se quedó bajo su custodia —gracias a sendas cédulas reales de 1625 y 1632— una innumerable cantidad de documentos «esparcidos» e inherentes a «materias graves» desde tiempos de Carlos V en adelante. Con el discurrir de los años podemos concluir que se trata de los papeles que los secretarios de Estado antiguos o sus viudas que no los habían entregado al Consejo de Estado, entre otras cosas porque acaso ni era costumbre hacerlo. Así que don Gaspar se hizo con la secretaría completa de Mateo Vázquez de Leca, o una ingente colección de arbitrios, por decir algo. De hecho, la de Mateo Vázquez se había nutrido, a su vez, con los papeles del cardenal Espinosa (Presidente de Castilla y su mentor), Gasol, Ovando, López de Velasco, Antonio Gracián, Pedro de Hoyo, etc. o lo que es lo mismo, las grandes secretarías de tiempos de Felipe II que por esta causa, paradójicamente en vez de estar en Simancas, están dispersas acá y allá. No entramos a explicar los pleitos que hubo a la muerte de don Gaspar, ni cómo por retorcidos caminos, llegaron los títulos de Sanlúcar y su biblioteca a la Casa de Altamira en 1711, pero fue así. Ya lo ha explicado Gregorio de Andrés.

³ Martínez Hernández, 2002 y 2004.

A lo largo de más de tres siglos, que se pronuncia pronto, una Casa fue reuniendo bibliotecas y archivos de una importancia cultural inimaginable. Sin embargo, todo se vino abajo a lo largo del siglo XIX.

LA RUINA DE LA CASA Y LA ENAJENACIÓN DEL PATRIMONIO BIBLIODOCUMENTAL

Gregorio de Andrés reunió datos para enseñarnos cómo arrancó la ruina de la Casa⁴. La narración de los hechos que hizo es, en alguna ocasión, confusa.

El XIII Conde de Altamira, Vicente Joaquín Osorio de Moscoso y Guzmán (1756-1816), aprovechando el solar en el que se levantaba el palacio del marqués de Leganés, quiso erigir uno nuevo, que no se pudo terminar totalmente por falta de dinero, o porque a Carlos IV le dio un arrebató de celos por la magnificencia del edificio y se determinó a entorpecer su construcción. Efectivamente, el diseño, fastuoso, era de Ventura Rodríguez y constaba de una gran escalera, sus dos patios, capilla, etc. El edificio no pudo terminarse hasta 1887 en que Mariano Belmás Estrada puso punto y final a su construcción. En la actualidad es el número 8 de la calle Flor Alta, sede del Instituto Europeo di Design.

Entre medias, la Invasión Francesa: Napoleón condenó a muerte al Conde de Altamira y Fernando VII lo desterró por constitucionalista. Además, se puso punto final al régimen señorial, con lo que implicó de retracción de rentas nobiliarias..., pero no de liberación de sus gastos en mantenimiento de casas o iglesias y otras obligaciones, como las inherentes al servicio de la Monarquía. El caso es que en 1813, al redactar su testamento, don Vicente Joaquín reconocía su enorme endeudamiento. Efectivamente: aparecieron los acreedores que reclamaban en su conjunto poco más de 44M de reales. Hubiéronse de tasar los bienes de la Casa para ver qué se hipotecaba y qué no: se calculó que la riqueza ascendía a 70'5M de reales. O sea, la deuda era el equivalente a algo más del 60% de los bienes de toda la Casa. Y murió el padre y le sucedió el hijo.

Vicente Isabel Osorio de Moscoso y Álvarez de Toledo (1777-1837), XIV conde de Altamira, dotó a su hija María Antonia (¿o María

⁴ A día de hoy, recomiendo el uso de las voces dedicadas a estos personajes en el *Diccionario biográfico español de la Real Academia de la Historia*. Por otro lado, sobre los Osorio es imprescindible Salazar Acha, 1997.

Encarnación?) para que se casase con el VI marqués de Albudeite. El caso es que la dote, de más de 8'4M de reales, fue impugnada tiempo después por el XV Conde de Altamira, Vicente Pío Osorio de Moscoso y Ponce de León (1801-1864).

El de Altamira fue uno de aquellos aristócratas que apoyaron la llegada del nuevo régimen. Este, y su padre. De hecho, presidió en 1809 la Junta Suprema Central contra Napoleón, e igualmente simpatizó con los liberales, manteniendo durante el Trienio puestos palatinos..., y luego la visceral enemistad de Fernando VII.

Por lo tanto, diversos factores agitaron las cuentas de la Casa de Altamira. Una manera de enjugarlas fue vendiendo patrimonio. Llegaron la depauperación y el desastre cultural.

PRIMERAS NOTICIAS DE LA SALIDA DE IMPRESOS: HACIA 1826

Lo primero que se puso en venta fue la colección de arte procedente del I Marqués de Leganés (que era primo del Conde Duque y había sido virrey de Nápoles entre 1637 y 1643), así como un lote de libros impresos. Los artículos viajaron a París y luego a Londres. Al parecer camino de París iban 3.000 volúmenes impresos. Los manuscritos aún permanecieron en Madrid.

Hubo un catálogo impreso en el que se hablaba de la colección en venta del «Marqués» de Altamira.

El fondo fue comprado por un librero londinense, Thomas Thorpe.

Thorpe ofreció los 7.000 volúmenes que él decía que tenía la biblioteca de Altamira a la Bodleian y a la de los Abogados de Edimburgo (la *Advocates' Library* se fundó en 1682 y fue el depósito legal de Escocia hasta 1925).

En la National Library of Scotland aún se conserva entre sus fondos un catálogo con lo que iba a salir a subasta del «Marqués» de Altamira en Sotheby's el 9 de junio de 1825 y durante los cinco días siguientes⁵. Gregorio de Andrés cree que el título de «Marqués de Altamira» consig-

⁵ <<http://main-cat.nls.uk/vwebv/holdingsInfo?searchId=637&recCount=25&recPointer=2&bibId=973888>> «Altamira library. A catalogue of the library of the Marquess of Altamira ... which will be sold by auction by Mr. Sotheby ... June 9, 1825, and five following days, etc.», Londres, 1825 [25/06/2016].

nado en el título del catálogo de la subasta que él conocía (diferente de este que menciono), es una errata. Todo apunta a que es así⁶.

Thorpe les vendió unos 3.000 libros, aunque les había hablado de 7.000, lo cual suscitó cierto enojo. Como enojo causó ver que faltaban algunas obras importantes de la Historia de España, porque Thorpe debió reservarse algunos libros. En segundo lugar, no pudo hacer el catálogo de la venta a tiempo: lo imprimió después de haberla realizado. Tiene 2.766 entradas.

Durante las décadas siguientes hubo ventas o almonedas de libros (tras las compras de Edimburgo) en Londres y alrededor de 1870 en París.

Durante esos años se hallaron los manuscritos epistolares de Lope y la carta a Mateo Vázquez de Cervantes.

Por su parte, Llera ha descrito otros datos: el 12 de febrero de 1870, Juan Salmón Pérez, apoderado de los Altamira, recibía 20.000 reales de Mariano Zabálburu a cambio de algunos libros antiguos que se le vendían y que eran propiedad del Conde de Altamira. El 14 de mayo de 1870 Mariano Zabálburu firmaba otro crédito a su favor contra los Altamira por importe de 20.000 reales. Mariano era soltero y cincuentón⁷. El préstamo se devolvería en el plazo de un año.

Junto a Mariano Zabálburu estaba José Sancho Rayón, a la sazón bibliotecario de Fomento que era el que le ayudaba a seleccionar los libros que le convenían. La relación de Sancho Rayón con los Zabálburu era antiquísima. Y lo tenían bien «calado». Efectivamente, en carta de 14 de mayo de 1857, Francisco Zabálburu escribía a Mariano que Sancho Rayón es «bastante chalán, pero en cambio, sabe proporcionar libros indudablemente curiosos y en general, en buen estado de conservación», aunque añadía en la misma carta que de ciertos libros que iba a com-

⁶ Don Hugo O'Donnell penúltimo poseedor del título de Marqués de Altamira me confirma que, en efecto, no tiene noticia de la existencia de una colección familiar tan notable como para haber sido subastada en Londres. El título de Marqués de Altamira arranca de 1704.

⁷ No es el momento de trazar la genealogía de los Zabálburu, salvo por un pequeño dato: la hija de Francisco —Carmen (1878-1964)— se casó en 1900 con Alfonso Martos Arizcun (1871-1954), IV Conde de Heredia-Spínola y Grande de España. En la actualidad posee el título desde el 3 de julio de 1978 (VI Condesa de Heredia-Spínola), María de las Angustias Martos y Aguirre, nacida en Bilbao el 28 de marzo de 1950. Casó en San Sebastián, el 14 de julio de 1972, con José Carlos Rodríguez San Pedro y Márquez, Conde de Rodríguez San Pedro, de cuyo matrimonio han nacido tres hijos. Para más información, remito al *Diccionario biográfico español de la RAH*.

prar, le recomendará que se cerciorara personalmente de su estado físico porque «el mismo Sancho me ha vendido alguna vez de buena fe libros incompletos», sin saberlo «o me los ha cambiado por otros»⁸.

Dicho sea de paso, que la impresión que traslada Rodríguez Moñino de Sancho Rayón, es muy otra: «Hombre serio y formal, si no se realizaban en el acto los compromisos bibliográficos o editoriales, era una persona de una dejadez total, siendo imposible tratar con él de asuntos que no fuesen factibles en cortísimo plazo»⁹.

En cualquier caso, por esos años 70 (concretamente hasta 1872) Sancho Rayón no era un hurraño buscador de oportunidades entre desventuradas viudas, sino que había puesto en ejecución (¡como tantos otros de aquel desconocido momento bibliofílico!) muchos sueños, de entre los que destaco fragmentariamente: sacar adelante las fichas de Bartolomé José Gallardo y su *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos* (desde 1863), la *Colección de libros raros y curiosos* (desde 1871), el CODOIN (desde 1875) y el NuevoCODOIN (desde 1896), o su serie de fotolitografías, pionera en España. Pero además, a su cargo estuvieron en el Ministerio de Fomento hasta 1872 las bibliotecas de Estébanez Calderón, marquesa de Campo de Alanje, Marqués de la Romana y Parga¹⁰.

El archivero —o el administrador, que no está claro; o ambas cosas— de los Altamira era Pablo (y/o Paul) de Chapuy que sufría malhumoradamente todo lo que estaba ocurriendo. De hecho, los Zabálburu (Mariano y Francisco) llegaron a expresar el malestar que les causaba ni siquiera la presencia física del maleducado de Chapuy. Según parece, entorpeció hasta el extremo la entrega de bienes. En cierto modo, Chapuy se salió con la suya, porque cuando murió Juan Salmón el 16 de agosto de 1872 los Zabálburu aún no habían podido retirar los libros que les correspondían. Aclara Llera: «Se desconoce» el número de legajos de Altamira que llegaron a la colección Zabálburu. Por lo demás, publica la tasación de algunos documentos por parte de «don Demetrio» y por parte de don Francisco de Zabálburu.

En enero de 1870, como ha señalado Gregorio de Andrés, se imprimió en París un catálogo (en tres cuerpos) de la biblioteca que salía a la

⁸ Cit. por Llera 2007, I, p. 81.

⁹ Rodríguez Moñino y Brey Mariño, 1966, p. 41. La extensa bio-bibliografía de José Sancho Rayón en pp. 12-52.

¹⁰ Todos estos datos están espigados en el texto de Rodríguez-Moñino, 1966.

venta en la casa de subastas de Bachelin-Deflorenne, aunque si se viera el catálogo hay que tener en cuenta que algunos libros provenían de otras colecciones particulares. La subasta estuvo abierta desde el 21 de enero hasta el 29 de enero. Luego, el 7 de mayo hubo una segunda subasta. Esta vez solo de códices manuscritos, que debieron seleccionarse de entre los libros subastados anteriormente. Además, aquel día salió a la venta el archivo del Duque de Montemar (título también vinculado al linaje de los Osorio Moscoso).

Desde luego cuando se ve qué es lo que se subastó ese día, no puede uno sino sentirse confundido: por ejemplo, un *flavio josefo* del siglo XI y tal cantidad de beatos, biblias y otros textos preciosísimos que no hay manera de sosegar la frustración.

Dice Gregorio de Andrés que aquel día se subastaron 17 volúmenes de manuscritos de Esteban de Garibay. En la actualidad sé la signatura de esos textos: están en la RAH, y hace unos años pude reconstruir parcialmente el camino que siguieron: cuando murió Garibay, sus papeles fueron requisados a su viuda por fray Prudencio de Sandoval y el secretario real Pedro Zapata del Mármol. Fue el 9-11-1599. Los papeles se los quedó fray Prudencio de Sandoval para escribir lo que le correspondía hacer en tanto que cronista real de Felipe III. De entre tanto papel que tenía Garibay, aparece lo más deseable,

Un cuerpo de libro de mano que dice el título de él, *Los sesenta libros del origen, discursos e ilustraciones de las dignidades seglares de España*, y dice que en este primer volumen se contienen los diez libros primeros de ellos y en otros, los demás por su debida orden, compuestos por el dicho Esteban de Garibay¹¹.

En el tomo II, que estaba allí también, estaban los libros once a diecinueve; en el III, desde el veinte al veinticinco; el IV cubre desde el veintiséis al treinta uno y así sucesivamente hasta el volumen VIII con sus sesenta libros. El tomo IX estaba dedicado a la sucesión de los

¹¹ Hoy, completos, en la Real Academia de la Historia y descritos por Pascual Gayangos en la introducción a la autobiografía de Garibay, pp. VII y ss. Citados antes, RAH, 9-2102 a 9-2110; 9-2111 y 9-2112 a 9-2117. Hay algunas variaciones entre los datos que da este inventario y lo descrito por Gayangos. Además, Gayangos cuenta los viajes de estos documentos, sin haber conocido los avatares de este inventario. Lo que he escrito sobre Garibay está en: <<http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/esteban-de-garibay>> [25/06/2016].

primeros veintiún reyes de Navarra (en otros cuatro libros) y el volumen X se interesaba por los Reyes de Inglaterra desde Guillermo I el Conquistador hasta la reina Isabel «que hoy reina» y añade el escribano «todos los cuales dichos libros son de mano y dicen en el título de ellos que son compuestos por el dicho Esteban de Garibay».

Si, como parece ser, estos 17 volúmenes se subastaron en París en mayo de 1870, la historia del destino de esos papeles que narra Gayangos está equivocada por todas partes y, por otro lado, ¿cómo pasaron de París a la Real Academia de la Historia en Madrid? Nunca lo he podido averiguar.

La tercera de las subastas parisinas se realizó entre el 31 de mayo y el 4 de junio de 1870. Tal y como concluye Gregorio de Andrés, se subastaron 5.355 libros en unos 7 u 8.000 volúmenes, de los que unos 300 eran libros manuscritos.

En definitiva, desde 1826 a 1870 se estuvo vendiendo el fondo impreso de Altamira en Londres y en París. Algunos de los manuscritos catalogados por Morel-Fatio procederían de estas subastas y de la Casa de Altamira.

En 1875 el conde de Benahavís compró parte de los libros subastados en París en 1870. Pero, de nuevo, entre 1893 y 1894 sus libros salieron para París con el fin de venderse. Se pusieron a la venta 8.303 obras. El catálogo tenía cuatro tomos y prólogo de Menéndez Pelayo. Mandó Fomento a un bibliófilo a que comprara algunas obras, y 74 volvieron a España.

Justamente en esas fechas la Academia de la Historia compraba unos manuscritos a un anticuario vienés, Kunde. Quiero decir que la reconstrucción del mercado de los libros y manuscritos «para la historia patria» que tiene lugar en Europa a lo largo del XIX está aún por reconstruir. Años fascinantes: Evans descubría Knosos.

LOPE DE VEGA, SESSA, Y MÁS HISTORIAS DE CARTAS, COPIAS Y DESCUBRIMIENTOS

Uno de los personajes, de los muchísimos personajes importantes para la historia cultural española que aparecen en la colección Altamira es Lope de Vega.

Fue Agustín González de Amezúa¹² el que contó la historia de cómo el erudito y bibliotecario de la Nacional, Agustín Durán copió las cartas originales de Lope a Sessa que se dice estaban en la colección Altamira. No se sabe ni cuándo, ni cómo es posible que Durán se encontrara con esas cartas. Él nunca lo dijo y cuando, por ejemplo, habló a La Barrera sobre ese fondo documental, lo hizo vagamente. Tan vagamente que saber dónde estaban era reiniciar una investigación completa. Amezúa propone que fue hacia 1830 o 1840 cuando Durán pudo hacerse con los legajos de cartas de Lope¹³.

Años después, entraría en escena otro personaje, un alemán, rico, erudito y viajero. También fue Amezúa el que sintetizó la amistad de Durán con el joven conde Adolfo Federico de Schack, quien en su *Geschichte der dramatischen literatur*¹⁴ reconocía haber usado las cartas copiadas por Durán —unas sesenta y tantas—, que a él mismo le facilitó. No eran todas las que se guardaban en la colección de Sessa, ni mucho menos, porque Durán copió solo una pequeña parte, unas cuantas del primer códice, de los ocho en que se conservaban las misivas. Por lo demás, parece ser que el alemán, en un gesto de insoportable soberbia no regaló a Durán ningún ejemplar de su investigación, lo cual explicaría que sus noticias publicadas no llegaran a tiempo —por decirlo de alguna manera— a España, y por ello, en segundo lugar, que no causara revuelo el hallazgo de Durán en los papeles de Sessa.

Aunque de manera un tanto complicada Amezúa nos pone en más pistas sobre el desgajamiento de la colección, e incluso de la salida de otros manuscritos de Lope, también es verdad que nos sitúa en el ambiente que se respiraba entonces que era, además, el del cervantismo del tercer tercio del siglo XIX, de los escritos de Cayetano Alberto de la Barrera, de la excursión impresora a Argamasilla de Hartzbusch.

Andaba en abril de 1863 el historiador Tomás Muñoz y Romero haciendo a saber qué investigación en el archivo de Altamira, cuando el archivero Luis Buitrago y Peribáñez —que debía andar ayudando en

¹² Cuando hablo de Amezúa me refiero a G[onzález] de Amezúa, 1941, pp. IX-XLVI. La redacción a veces me ha parecido algo confusa, posiblemente producto de la cantidad de datos que avalan su escrito.

¹³ Mientras preparaba este texto (septiembre de 2014), doña Mercedes Noviembre me manifiesta sus dudas de que esos famosos códices de cartas, que ya no sabemos cuántos fueron, hayan estado nunca en la colección Altamira.

¹⁴ Schack, 1854.

las pesquisas— se topó con la Epístola a Mateo Vázquez de Cervantes¹⁵ y con *Los Benavides* de Lope. El Conde de Altamira autorizó a que José Jenaro Villanueva informara del hallazgo a Tomás Muñoz y a Hartsenbusch, director de la Biblioteca Nacional de España.

Entre unos y otros hallazgos, en medio de este efusivo ambiente cultural, incluso esotérico a veces, logró Juan Eugenio mandar a un copista a la Casa de Altamira, Isidoro Rosell, que copió en tres tomos, los tres tomos que se conservaban en la Casa, cartas de Lope y otros documentos. Las cartas copiadas se depositaron en la Biblioteca Nacional. Sin embargo, logró La Barrera que se le prestaran los tomos: los leyó, releyó y manoseó. Con lo que sacó de ahí, más lo que le había dado tiempo atrás Durán, preparó la edición de sus doscientas veinticinco cartas de Lope, que no llegó a imprimir. El manuscrito está en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. El prólogo de ese manuscrito lleva fecha de 1865.

Pues bien, en 1868 Luis Fernández-Guerra fue nombrado archivero de la Casa de Altamira. Ya no era un secreto lo que se contenía en aquel depósito. Luis Fernández-Guerra, acaso por desconocimiento de la existencia de la copia anterior de La Barrera, volvió a copiar los tres volúmenes de marras. Acabó el trabajo a finales de ese 1868. Y tuvo suerte, porque a principios de 1869...

1869, Y EL DESGAJAMIENTO DEL ARCHIVO CONDAL Y LAS COLECCIONES INSTITUTO VALENCIA DE DON JUAN, ZABÁLBURU Y BRITISH LIBRARY

Efectivamente, a principios de 1869, según narración de Amezúa, se consagró el desastre del archivo. El de la biblioteca, hemos visto que llevaba tiempo consolidándose. Sobre lo que pasó, hay versiones, de oídas, de todo tipo que las recoge Amezúa. Por ejemplo, que en la Casa echaban la culpa de la pérdida del archivo a algún apoderado familiar que hizo avieso uso de ciertos poderes que tuviera. Otros cuentan que el Conde, al ver salir los papeles de Casa, se alegraba desde un balcón al grito de «¡Ya se los llevan, ya se los llevan!».

El caso es que, verdaderamente, el Conde hubo de vender los papeles. Esa venta tuvo, a nuestro entender y según lo que se ha publicado

¹⁵ Sobre esta epístola, que mientras no se hagan pruebas químicas solventes de su tinta o del papel, no podremos saber si es auténtica (máxime teniendo en cuenta que Durán era un hábil imitador de la letra del Siglo de Oro) se puede ver la obra de Gonzalo Sánchez Molero, 2010. La famosa Epístola la publicó en *La Iberia* y por vez primera el 24-4-1863, Luis Buitrago y Peribáñez.

hasta ahora, dos fases. Una terrible y otra dolorosa. La fase terrible, la primera, coincidiría con la venta de los documentos administrativos-contables de la Casa..., desde la Edad Media. La fase dolorosa, coincidiría con la salida a la venta de los papeles administrativo-históricos de la Monarquía de España, o de la Casa.

La fase terrible fue la primera. Los papeles se vendían a traperos, a tenderos, a pescaderos. Parece ser que en total salieron del palacio unas 200 arrobas (¡2.300 kilos!) que por 8 reales compró el librero Pereda. A su vez, éste lo vendió a un tendero de comestibles que los dejó en un almacén. Un día, el Conde de Valencia de don Juan, Juan Bautista Crooke y Navarrot conde consorte, pues la condesa titular era Adelaida de Guzmán y Caballero (1827-1901), paseaba por la calle Mayor de Madrid cuando sintió un humano apretujón. Entró con urgencia en una tienda de comestibles que le dio caritativo asilo «y hallándose en el lugar diputado para su caso, vio que de un gancho colgaban para tal menester unos pliegos viejos y amarillentos, y cuál no sería su asombro cuando advirtió que tenía entre las manos una carta del Gran Capitán», narra Amezúa y no sé si con fantasía (pues su fuente es «un viejo bibliófilo, ya fallecido, contemporáneo también de este desastre»). El caso es que el Conde inquirió al tendero que de dónde había sacado aquellos papeles y él le contestó que había comprado al peso parte del archivo de Sessa.

Pudo el Conde comprar y trasladar a su Casa varias cajas de papeles echadas dentro de los coches con los que fue al almacén del tendero. Se daba el caso de que no tenía dinero para pagar lo que pedían por los papeles, porque, además, resulta que a la vez Sancho Rayón andaba tras la pista de esos papeles. De hecho, la adquisición del fondo costó 30.000 reales que se los prestó su cuñado Disdier¹⁶. Al Conde de Valencia de don Juan le interesaban poco los documentos: él era coleccionista de autógrafos —como correspondía a todo erudito que se preciase en el siglo XIX—, así que el pacto entre cuñados fue que todo era a medias, que el Conde se podía quedar los autógrafos y que lo demás lo deposi-

¹⁶ La primera vez que he visto citado a Disdier en los textos que he leído es en el inventario de Micheli —del que hablo más adelante—: nos informa de que M. George F. Warner, «conservateur des manuscrits du British Museum» le ha comunicado que en 1870 el Museo Británico compró los Add. 28333-28509 por la intermediación de Disdier. La bibliotecaria Andrea Clarke, «Curator, Early Modern Manuscripts, History & Classics» de la British Library me confirma esta historia (sept. 2014).

tarían en la casa de la Carrera de San Jerónimo para venderlo más tarde. Optaron por sacar a la venta la parte de Disdier en Londres y que de esta venta se encargaría, el Conde, con suma discreción. Contactó el Conde con un tal R. W. Steet que era el intermediario del Consulado Español y este con Bond, por parte del British Museum. Empezaron las negociaciones y al final, a mediados de marzo de 1870 se habían ofrecido 22 cartas originales de Felipe II; 427 cartas de Antonio Pérez; 41 cartas de don Juan de Austria relativas a la sublevación de los moriscos de Granada; 304 cartas de Mateo Vázquez sobre la preparación de la Armada de 1588. Sin entrar en más detalles de las negociaciones, el 3 de mayo de 1870 entraron en el Museo Británico 800 cartas que hoy constituyen las signaturas Add. 28.262 a 28.264. Por supuesto, se trata de legajos ficticios.

Disdier y el Museo Británico debieron quedar muy contentos porque volvieron a entablarse negociaciones inmediatamente, de tal forma y manera que el 21 de mayo salían hacia Londres 187 legajos y libros de documentación de los reinados de Felipe II y Felipe III, sobre la gestión del Imperio. Aunque algo se regateó, al final se aceptó la transacción: son los actuales legajos Add. 28.334-28.503.

Durante el verano se recibió el tercer lote, esta vez de solo 32 documentos: es el Add. 28.528.

Por último, a finales de abril de 1871 se aceptó la adquisición de otros 16 legajos de documentos de tiempos de Felipe II. Son los Add. 28.697 a 28.712.

Disdier había vendido 200 legajos por 1.935'5 libras¹⁷.

El Conde de Valencia de don Juan hubo de dejar muy clara que la propiedad era, en efecto, de Disdier y que los documentos que salían no eran de la colección condal. Además, se le preguntó la razón por la que esos documentos no estaban en Simancas. El Conde no supo responder con exactitud, pero sí que salió airoso: porque los receptores de las cartas eran antepasados de los Condes de Altamira (un disparate, porque Mateo Vázquez no lo era, por ejemplo). Lo que no sabía el Conde era el gran acopio documental hecho por el Conde Duque y que estaba depositado en el archivo de Altamira. Es más, el Museo Británico le tentó para que vendiera su colección documental a lo que él se negó

¹⁷ Como es bien sabido, los manuscritos españoles del Museo Británico los catalogó Pascual de Gayangos. Consúltese Gayangos, *Catalogue of the Spanish manuscripts in the Spanish Language in the British Library*.

arguyendo que, en caso de necesitarlo hacer, primero lo ofrecería al Gobierno de España, luego a un coleccionista español y, en tercer lugar, permitiría que salieran de España. Desde luego, no dejaba en buen lugar la actitud de su cuñado.

Aún en 1872 Valencia de don Juan compró seis legajos más de la testamentaria del Conde de Altamira.

Además, el Conde de Valencia de don Juan se quedó con 170 cajas que fueron enviándose a Antonio Paz y Meliá para que los catalogara. En el Instituto Valencia de Don Juan las firmas van, precisamente, por «envíos» y no por legajos. Paz y Meliá realizó el catálogo de esos cerca de 30.000 documentos entre 1910 y 1915. El catálogo que hizo, riquísimo en sus contenidos, es más bien un «catálogo razonado». En paralelo se redactaron unas papeletas. Para entendernos: da la impresión de que recibía unas cajas, por ejemplo el «Envío 5», que tiene cuatro tomos. Lo veía y revisaba, tomaba sus notas, lo reempaquetaba todo y lo devolvía. Anotaba en el catálogo: «Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Portugal. 5º envío. 13 de marzo a 2 de abril de 1912. Consta de 700 documentos de los años 1551 a 1600, cuyo contenido ocupa 327 papeletas» y más adelante, «Alemania. 90 documentos. 1571-1579. Tratan las cartas del embajador...», etc.

Por otro lado, a los Zabálburu el Conde de Altamira les debía una fuerte suma de dinero, que les fue pagada parcialmente entregándoles archivo y biblioteca. Además, comoquiera que Sancho Rayón trabajaba para los Zabálburu, les consiguió más cajas con papeles de los que se recuperaron de aquel almacén del comerciante. En la actualidad hay 264 cajas de todas las épocas de nuestra historia, pero bien entendido que no hay investigación de Estado de tiempos de Felipe II, y más aún italiana, que se pueda hacer sin visitar este fondo.

Después del trabajo de Andrés, Mercedes Noviembre¹⁸ puso de manifiesto cómo la colección que hoy podemos ver se nutrió también con fondos de la colección de José Ignacio Miró. La investigación y la conclusión son importantes porque ponen de manifiesto que la actual colección está compuesta por fondos provenientes de orígenes distintos, lo cual no es de extrañar: es la colección de un bibliófilo. Más recientemente aún, Teresa Llera ha puesto su empeño en identificar la procedencia de cada uno de los libros de la colección. Su arduo trabajo y pormenorizado arroja brillantes conclusiones sobre los mercados de la

¹⁸ Noviembre, 1999.

bibliofilia en el XIX. Y así, Llera hace un recorrido por la adquisición de archivos históricos y bibliotecas, a lo largo del siglo, fijándose en intermediarios (personas físicas, o librerías) de España o de fuera de España intentando —y logrando— identificar la procedencia de muchas obras antiguas e incluso del propio siglo XIX, que pueblan los anaqueles del palacio de los Zabálburu-Heredia-Spínola¹⁹.

EL FONDO ALTAMIRA DE LA HISPANIC SOCIETY

Es curioso que, en ocasiones, las investigaciones se obstinan con una obsesión y no se sale de ahí. Este es el caso. Entre los estudiosos, bien filólogos, bien historiadores, estaba extendida la idea de que los fondos de Altamira eran los del Instituto Valencia de Don Juan, Zabálburu, British Library y Favre-Ginebra.

Sin embargo, podemos proceder a reivindicar la memoria de dos beneméritos investigadores españoles y sus trabajos: me refiero a Rodríguez-Moñino y Brey Mariño. Igualmente se puede envidiar al prof. Geoffrey Parker que en 2011 redescubriera las 32 cajas que componen el fondo Altamira de la Hispanic Society.

Pero antes de seguir adelante, debo rendir tributo de agradecimiento al sr. John O'Neill (conservador de Manuscritos y libros Raros) que me ha guiado generosamente por la senda de lo que cuento a continuación.

Dos obras recientes de Geoffrey Parker (aparecidas con posterioridad al dictado de esta Ponencia en Ginebra, y que, por lo tanto, me han hecho modificar y ampliar este texto de prisa y corriendo) han usado ese fondo profusamente. Una es una biografía nueva sobre Felipe II, a la que incorpora el fondo Altamira de la The Hispanic Society²⁰. La otra obra es uno de esos descubrimientos documentales que a cualquiera nos apetecería hacer en nuestra carrera científica: se trata de, entre otros documentos, las famosísimas *Instrucciones de Palamós de 1543*, hológrafas de Carlos V²¹. No es el momento de detenernos en estas importantísimas publicaciones. Ya en su día biografíó al monarca manejando casi exclusivamente los fondos del Instituto Valencia de Don Juan y su experiencia científica, naturalmente. En su *Imprudent King* hace una breve relación de la historia de la dispersión de la colección Altamira, y añade cómo

¹⁹ Llera, 2007. De la misma autora, una descripción de la biblioteca (fondo impreso y manuscrito) —pero como ella aclara, no del archivo—, Llera, 2005.

²⁰ Parker, 2014, pp. 380 y 381.

²¹ Ball y Parker, 2014.

Sancho Rayón se quedó con 3.000 manuscritos y que a su muerte — en 1900— compró su biblioteca el Marqués de Jerez de los Caballeros. Sin embargo, un par de años más tarde éste se la vendió a Archer M. Huntington, fundador de The Hispanic Society of America. Y allá quedaron. Fueron olvidados hasta que en 2012, la Fundación Andrew W. Mellon becó a Parker y dos discípulas suyas (Aram y Ball) para que catalogaran las 32 cajas de documentos.

En 1966 Rodríguez Moñino y Brey Mariño, en su ciclópea historia de los fondos poéticos de la Hispanic Society concluían:

Cuatro son, por tanto, los coleccionistas que tuvieron en sus anaqueles lo que hoy es joya de The Hispanic Society of America: Don Bartolomé José Gallardo, que reunió el fondo más importante y selecto; don Juan Antonio Gallardo [...]; don José Sancho Rayón, adquiriente de lo más valioso y acrecentador de algunas buenas piezas; el Marqués de Jerez de los Caballeros, que, comprando en bloque la biblioteca de Sancho, unió a ella importantísimos fondos de otros orígenes²².

Un excursio: Cuando murió Bartolomé José Gallardo la Biblioteca Nacional mal informada por Mesonero Romanos, no sintió especial interés por sus fondos. Los bibliófilos de entonces sintieron un interés desmedido. De entre ellos, destacaba uno joven, «José Sancho Rayón y apodado por la grey bibliófila *El Culebro*».

La vida de José Sancho Rayón está indefectiblemente unida a la de la adquisición de libros para sí, o al asesoramiento para el enriquecimiento de bibliotecas particulares de otros, o de las de Fomento y Nacional, pues fue facultativo del Cuerpo. Conocía como pocos el acervo bibliográfico español..., y el carácter de los poseedores y aun de los libreros y coleccionistas, que en muchas ocasiones eran lince del expurgo de lo ajeno. Sobre todo en tiempos de Desamortización.

Murió el bibliófilo el 27 de enero de 1900. Había reunido libros y manuscritos, había sido editor de un sinfín de obras y promotor de otros

²² Rodríguez Moñino y Brey Mariño, 1966, pp. 7 y 8. Fantásticas, por cierto, las despectivas palabras que dedica el implacable Rodríguez Moñino a Mesonero Romanos («solo era excelente escritor festivo») que no supo entender el tesoro bibliográfico de Gallardo. Mesonero Romanos sigue siendo aún hoy autoridad entre los historiadores de Madrid, de caspa, perilla, capa y chotis.

monumentos historiográficos, había sido asesor de los Zabálburu²³. Era, al parecer de Rodríguez-Moñino, el último de los «indiscutibles Maestros de la bibliofilia española, capaces de apreciar el contenido de viejos documentos o de manuscritos poco gratos a la vista». A esa generación siguió otra, en el afilado decir de nuestro cicerone por la historia de la bibliofilia decimonónica, siguió otra generación que va «tras los impresos bellos», o de cuyos integrantes «poquísimos se hallaban en condiciones intelectuales para salir del cervantismo, la novela, el teatro o las obras americanas y filipinas».

Sin entrar en más avatares, muerto Sancho Rayón, el Marqués de Jerez de los Caballeros —con quien había trabado conocimiento tiempo atrás— compró su biblioteca por «6.000 duros». Aunque no fue el único que compró libros o papeles de la destartada morada de «uno de los más expertos y codiciosos bibliófilos que ha conocido España».

Había nacido don Manuel Pérez de Guzmán y Boza en Jerez de los Caballeros el 7 de abril de 1852. No vamos a entrar en más detalles, pero la colección bibliográfica que fue formando era una ensoñación. Además, animada con las estanterías, salas, comedor y otros muebles que hacía que las tertulias que se celebraban en su casa fueran animadas y cultísimas. Hoy, que todo lo superamos ya, chateamos.

El caso es que un curioso americano, un tal Archer M. Huntington, pero sobre todo un verdadero enamorado de España²⁴, andaba en febrero de 1898 excavando en Santiponce. Quiso que curiosaran los naturales que lo desearan en el yacimiento y se emitieron invitaciones para ir a visitarlo. De la conversación entre eruditos, surgió la posibilidad de que el Marqués de Jerez de los Caballeros le abriera las puertas de su casa para que pudiera ver su colección de libros. Huntington se mostró feliz, toda vez que la arqueología no era su verdadera pasión, sino el coleccionismo de libros españoles, de los que tenía en Nueva York unos 18.000. De esta manera se conocieron Huntington y Jerez de los Caballeros. El

²³ Rodríguez-Moñino deja rastros de la amistad entre Zabálburu y Sancho, pero en ningún momento alude a la compra del fondo Altamira.

²⁴ La biografía de García-Mazas, 1962 traza una vívida imagen del mecenas. Está novelada (a excepción de la Tercera Parte y, por supuesto los capítulos LXXXV a LXXXIX, una suerte de colofón documental), pero el lector puede saber qué es diálogo, qué ficción y que manejo de citas textuales y me sospecho que materiales de archivo personal de Archer M. Huntington e incluso de la The Hispanic Society. No hay ninguna alusión a la compra de la biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros, ni —por ende— al fondo Altamira.

americano quedó prendado de la biblioteca del Marqués. Además, entre ambos se fijó una fuerte amistad.

Y tanto. Siguió la vida. El 15 de enero de 1902 en la casa del Marqués, se celebró una reunión entre éste, Huntington y dos personas más que iban a actuar como testigos. ¿Testigos de qué? De la firma de un documento manuscrito según el cual el Marqués vendía a Huntington toda su biblioteca por importe de 592.000 francos²⁵. Rubricado el documento, no sin estupor, hubo la tertulia de rigor, como era habitual. Terminada, cada cual se fue a su casa, como si no hubiese nada. Para todos, excepto para tres de los contertulios (el Marqués y los testigos), no hubo nada, ciertamente porque se mantuvo el secreto de la venta..., pero tan solo por unas pocas horas. Porque cuando llegó a su casa uno de los habituales, Francisco Rodríguez Marín, escribió a Menéndez Pelayo dándole la infeliz noticia, que acababa de oír hacía un cuarto de hora. Era el 15 de enero de 1902. El 29 de enero, desde Santander, le respondía Menéndez Pelayo. De la lectura de ambas cartas, se saca la impresión de que aquellos monstruos de las letras vivían en un país mediocre, arruinado, sin sensibilidades culturales. Un americano rico, compraba a un mal patriota español empobrecido, su gran biblioteca hispánica, poco después de la pérdida de las colonias. Se juzgaba con desprecio al Marqués, y ahora se lamentaban de la inexistencia de una ley que impidiera la salida de tesoros culturales, como en Italia, del país. ¡Pues que lo hubieran hecho antes, en vez de haberse pasado el siglo XIX enzarzados en las politiquillas que descolgaron a España de Europa!²⁶

En cualquier caso la pena de ambos, se deja traslucir en estas cartas, monumentos que explicitan verdaderamente en qué consiste el atraso cultural de un país. Y en su misiva Menéndez Pelayo escribe: «lo que más lamento que salga de España son algunos ejemplares únicos y los preciosos manuscritos de poesías varias que fueron de Sancho Rayón...». Aún pudo sacar algunas notas Rodríguez Marín de algunos manuscritos. Pero Sevilla perdió su biblioteca más importante de esta manera²⁷.

²⁵ Transcrito en Rodríguez Moñino, y Brey Mariño, 1996, p. 158.

²⁶ Si ellos hubieran leído la breve y sentida biografía de Poske, Betrice Gilman: *Archer Milton Huntington*, The Hispanic Society of America, 1963, habrían pensado de manera diferente. Lo mismo digo con respecto a la de García-Mazas. Es curioso el desdén con el que se habla del «americano», que no solo había traducido el *Poema del Cid*, sino que había seguido sus estelas..., también.

²⁷ El apéndice documental, en pp. 150 y ss. es excelente. «Hay» fondo Altamira (papeles de la Secretaría de Pedro del Hoyo), pero no se cita. Rodríguez Moñino y Brey

Llegaron los papeles a América, pero no se depositaron los manuscritos en la Hispanic Society hasta 1955, porque quedaron en cajas, en las residencias privadas del magnate. En cajas, sin catalogar. Murió Huntington en 1955: «En esa fecha transfirieron sus testamentarios a la Sociedad todo lo que poseía y así llegaron a sus edificios los maravillosos volúmenes de Gallardo, de Sancho Rayón y del Marqués de Jerez»²⁸.

El catálogo que he recibido desde la Hispanic Society consta de 420 páginas. Revisándolo, el historiador no puede más que sumirse en la impotencia de ver que cualquier trabajo del reinado de Felipe II que se base en hechos que pasaran por alguna de las secretarías de Felipe II (dado que los papeles de Mateo Vázquez y otros acabaron en esta colección) se debería hacer tanto en Madrid, como en Ginebra, Londres y Nueva York. Leo las palabras de Parker y siento su misma desesperación..., o desesperanza.

El quinto bloque de documentación de la Casa de Altamira salió de España camino de Ginebra. Constituye la «Colección Édouard Favre» de la Bibliothèque de esta ciudad.

LA COLECCIÓN ÉDOUARD FAVRE Y UN ELOGIO A LÉOPOLD MICHELI

Una característica diferenciadora de esta colección «Favre» es que es única. Toda ella procede solo y exclusivamente de los fondos de Altamira. Además, y por ello, sus catálogos son homogéneos y clarísimos. El estado de conservación y encuadernación de todos y cada uno de los documentos es muy personal.

En febrero de 1907 Édouard Favre hizo la donación. Había comprado la colección de papeles en Ginebra, en 1896 de la herencia de M. Paul Chapuy, que ya nos ha salido en la trastienda de la venta de la Colección Altamira. Parece ser que Chapuy fue el cónsul general de Suiza en España entre 1861 y 1877, al tiempo que ejercía las funciones de administrador de la Casa de Altamira. Además, fue citado como archivero de la casa en el testamento de Vicente Pío (en 1864) y había sido ayo del heredero de la Casa²⁹.

Mariño, 1966.

²⁸ Rodríguez Moñino y Brey Mariño, 1966, p. 107.

²⁹ Andrés, 1986, p. 609.

Según parece, Chapuy hizo una primera oferta de venta de la colección al duque de Aumale, que la rechazó por falta de espacio en Chantilly y de interés para la historia de la familia.

Micheli creía en 1909 que los manuscritos de Favre eran un complemento, una continuidad de los del British Museum. No tenía noticia de las otras tres partes de la colección, de los que se quedaron en España, o de los que viajaron a USA. Antes he querido advertir expresivamente que el catálogo del fondo Altamira (y del fondo Miró) de la Zabálburu se terminó de pasar a máquina (desde las fichas manuscritas en los cajones de madera) precisamente también en 1909.

En la introducción a su inventario Micheli destacó a algunos personajes, autores o remitentes de los documentos que manejaba: Felipe II, Juan de Zúñiga³⁰, Luis de Requesens, Juan de Borja, Marco Antonio Colonna, Alejandro Farnesio, Pedro Fernández Tremiño, Margarita de Parma, Pedro de Solchaga, Mateo Vázquez, los marqueses de Velada, de Leganés, los Fernández de Córdoba, etc.

No se sabe bien cómo le llega a Édouard Favre la oferta de Chapuy. El caso es que se adquiere la colección (1896) y tiempo después es cedida a la Universidad de Ginebra (1907), y más tarde aún se procede a su inventario.

Efectivamente, hay un inventario original fragmentado y otro en un opúsculo, con alguna corrección sobre el primero y también con su propia historia. Vayamos paso a paso.

Como acabo de decir, el autor del inventario de la colección Favre fue un archivero, Léopold Micheli, cuya temprana muerte causó perple-

³⁰ Por cierto, la vinculación de los documentos de Zúñiga con estos fondos es obvia. Pero la explicación al por qué custodiar —o no— cartas y demás en viva correspondencia con lo que estamos contando, en Bouza Álvarez, 1996, pp. 2-15 y 131 y 1997, pp. 19-33. En sendos artículos nos cuenta una historia fascinante sobre el destino de fondos manuscritos a finales del xvi, principios del xvii. Resulta que el marqués de Velada ofrece al conde de Gondomar, Diego Sarmiento de Acuña, el inventario de los papeles de Zúñiga a su muerte (1586) para que marque, al margen del inventario, los que le pudieran interesar. Bouza transcribe el importantísimo inventario y le añade un índice de autores de los textos de esos 9 cuadernos. Ese inventario remitido a Gondomar se conserva en la actualidad en la Biblioteca del Palacio Real, II/2134. Bouza manifiesta las dificultades y la imposibilidad que ha tenido para identificar el paradero actual de cada uno de los manuscritos, legajos o lotes de cartas que se citan en el inventario de marras. No me extraña: para mí, como vengo comentando y explico más adelante, es tarea prácticamente *ya* imposible. Además, cuando se publica ese trabajo no se conocía el depósito de la Hispanic Society, que tal vez dé más luz.

jididad y soledad entre sus amigos, «sus numerosos amigos con que contaba en París», como recordaba Fredric Barbey al escribir su necrológica³¹.

Fue un desdichado accidente de baño en la playa de Pouldu en Bretaña, lo que se llevó su vida el 23 de junio de 1910.

Había nacido el 27 de noviembre de 1877 en Ginebra. Al parecer, su familia era originaria de Luca y se había establecido en la capital suiza en el siglo XVI.

Concluidos sus estudios en Ginebra, se mudó durante un año a Alemania. Allí concluyó su formación e inició sus investigaciones conducentes a la Tesis Doctoral que tendría como objeto de estudio las instituciones municipales de Ginebra en el siglo XV. La defendió en 1904. Inmediatamente, el 29 de enero de ese año, entró a trabajar como conservador de manuscritos de la Biblioteca Pública y Universitaria de Ginebra, puesto de reciente creación y a todas luces necesario en una biblioteca en expansión. De hecho, su primera participación profesional fue la colaboración en la preparación del catálogo del importantísimo fondo de la *Compagnie des pasteurs et des diacres*. En la ciudad de Ginebra, en el mundo de Calvino, había de haber una «Asamblea» de pastores, cuyo fin era el de mantener la ortodoxia y la moral pública y política. Quedó constituida en 1551. Desde 1559, además, se les unieron los profesores de la Academia. Sus funciones eran, pues, no solo el de la selección de profesores o magistrados, sino también el del control de la censura, la enseñanza, el cuidado del culto, etc. Cuando a partir de 1907 se determinó la separación de la Iglesia y del Estado, las funciones de la Asamblea de los pastores dejaron de tener sentido. En la actualidad en esa sección se conservan sermones, controversias, exégesis, textos teológicos en sentido amplio y un sinfín de escritos que afectan al moldeamiento de las conciencias, así como papeles administrativos que explican la historia de la institución y sus personajes, o como queda descrito en la propia web de la BPG, su contenido está formado por «Thèses, dissertations, traités, commentaires, traductions, paraphrases, sermons, catéchismes, cours, discours, rapports, souvenirs, pièces diverses»³². No sé si en España ha habido nunca una institución con semejante capacidad de control de las conciencias.

³¹ Barbey, 1910, pp. 462-464.

³² <[http://w3public.ville-ge.ch/bge/odyssey.nsf/Attachments/comp_pasteurs_1_1040frameset.htm/\\$file/comp_pasteurs_1_1040frameset.htm?OpenElement](http://w3public.ville-ge.ch/bge/odyssey.nsf/Attachments/comp_pasteurs_1_1040frameset.htm/$file/comp_pasteurs_1_1040frameset.htm?OpenElement)> [25/06/2016].

En cualquier caso, los 43 volúmenes encuadernados de la *Correspondance eclesiastique* son fruto de su trabajo. Aún dejó otros frutos de su trabajo: el catálogo de la Colección Rigaud, de más de 3.000 imágenes de Ginebra y sus alrededores; las colecciones particulares que pasan por sus manos; los más de 15.000 autógrafos de la colección Coindet; la gran colección de textos sobre el protestantismo que proceden de la Lefort...

No es de extrañar que, así las cosas, en 1905 se inaugura una sala destinada a la investigación porque los depósitos crecían y crecían. Parece como si el destino quisiera sancionar todos esos esfuerzos y, al tiempo, dejar descansar tranquila la colección Altamira. Porque en 1907 llega a la Biblioteca este fondo. Vibrando lo cuenta Frederic Barbey: Micheli «apprend l'espagnol, il classe chronologiquement ces documents, les déchiffre, les analyse, identifie les auteurs et les destinataires de cette correspondance, la relie en plus de soixante volumes, bref, il n'épargne ni sa peine ni son temps pour réaliser le plan qu'il s'est tracé». Debíó ser así. Pero eso no fue todo: se olvida de citar a un monstruo del hispanismo, a Morel-Fatio. Y es así, como aparece en 1909 la primera parte del catálogo del fondo en el *Bulletin Hispanique*. Sin embargo, la muerte lo ha arrebatado a sus amigos, «la mort nous l'a ravi en plein labeur» en medio de la plenitud de su «belle et genereuse activité». Una máxima persiguió durante su actividad de archivero-bibliotecario: «el servicio paciente, abnegado y fecundo al tesoro histórico que se le hubiera confiado».

Hemos tenido la inmensa fortuna de poder vivir, en parte, la abnegación de Micheli, su apabullante capacidad de trabajo. Él, dedicado como hemos visto, o como se puede comprobar por otros caminos de información, a la historia de la reforma calvinista o su impacto ulterior en Ginebra, no sabía español, ni tenía por qué saber Historia de España. Sin embargo, el inventario de Altamira que hizo es, sencillamente, impresionante.

Está publicado fragmentariamente —como he anunciado antes— en *Bulletin Hispanique*: «Inventaire de la collection Édouard Favre» en los números 11 (1909), pp. 295-322, 12 (1910), pp. 49, 139 y 317; 13 (1911), pp. 61, 195 y 14 (1912), pp. 77-95, pero también en tirada aparte patrocinada por la Bibliothéque publique et universitaire de Genève, en 1914, en homenaje a Micheli. Esta edición tiene varias ventajas: su uso más cómodo, y ampliado por una «Table alphabetique».

Morel-Fatio puso su laudatorio «Avant-propos», en el que denunciaba una verdad objetiva y demasiado al uso: «los catálogos de manuscritos,

los inventarios de archivo, los repertorios y los diccionarios no se citan más que para denunciar sus errores». Y el de Micheli, añadía, los tiene (como sabemos tú, lector, y yo) pero eso no empaña el resultado final.

En cualquier caso, el modelo de Gayangos de Londres, o el suyo de los manuscritos españoles en París, se expandían hacia Suiza. Añoraba Morel-Fatio el catálogo de Gayangos y deseaba que en Ginebra se hiciera, como se estaba haciendo, lo mismo³³.

Recordaba Morel-Fatio que Micheli, después de haber fichado los papeles le mandó un largo cuestionario en el que, entre otras cosas, se interesaba por cómo identificar la firma de las cartas. Micheli se sorprendió y entristeció que ese trabajo de identificación no se podía llevar a cabo para la mayor parte de los casos por la escasez de biografías que por entonces había en España. Muchos de los personajes de segundo plano no habían sido citados aún..., y los diccionarios o las enciclopedias no les habían consagrado ninguna noticia (¡ahora se dicen no sé qué disparates contra el Diccionario Biográfico de la RAH!). Ni aun con los manuscritos delante se podían resolver muchos de los problemas que inquietaban a Micheli, que ni aun con más tiempo podría haber mejorado sus resultados. Ciertamente, debería haber sido más prudente o expeditivo haciendo un inventario más ligero: pero renunció a eso por su honor, dándose cuenta de que un conjunto de documentos así de variopinto exigía un análisis más minucioso de lo que la gente esperaba. Superaba las expectativas con creces por la utilidad de sus índices, que aun a pesar de las erratas, no afectaban a la utilidad científica. Recogía Morel-Fatio también el esfuerzo de Micheli que, trasplantado a un ambiente archivístico o histórico diferente al suyo (como hemos visto) había hecho lo que había hecho.

La experiencia nos enseña (y no son ya palabras de Micheli) que en muchas ocasiones los topónimos o los antropónimos, o los gentilicios del siglo XVI —por ejemplo— debemos leerlos fonéticamente cuando esos índices o escritos están hechos por un extranjero.

Volvamos a nuestro archivero. De Micheli aún se conserva, que yo haya visto, algún documento más sobre su propio trabajo. Veámoslo:

En primer lugar, un catálogo previo que tiene todos los visos de haber sido hecho por Chapuy y en España, de los papeles que él tenía. Es verdad que el tomo en el que se encuentra este³⁴ primer catálogo es

³³ Morel-Fatio, 1892.

³⁴ Arch. BPU, Ffl.

muy interesante... y variopinto. Me recuerda mucho las notas que usó Roque Pidal en sus estudios sobre el Cid (acá la factura de un fontanero, allá el reverso de la invitación a un acto oficial, etc.). Se abre con una nota (un trozo de papel roto), «1 carta o cédula del rey de Aragón don Fernando que se casó con Isabel la Católica». No sé si el girón de papel tiene interés, pero la explicación de quién fue el rey Fernando de Aragón, desde luego que lo tiene. Luego unas «Notes» en una cuartilla de apuntes de compras, o más bien la relación de fiadores de una tienda o un almacén —tal vez de vinos— con algún barril de coñac, o de retiradas de otras mercancías, y algún admonitorio «Charles, de la calle Santa Isabel pretende haber pagado a Pierre» (que debía ser el encargado) y hasta incluso un recordatorio: que los niños empiezan el colegio el lunes 23 de enero de 1867. Luego, más anotaciones de lo que parecen ser las tarifas y los tiempos para ir de Madrid a París en tren; un recorte de prensa en el que se celebra con todo el sabor literario que uno se pueda imaginar, la apertura de un gran despacho de vinos en Jerez. Quien quiera que fuera, sintió interés por saber quiénes eran los ponentes y redactores de una ley francesa sobre los contrastes del oro y la plata; una congregación religiosa francesa ofrece la biografía de su beato para que sea traducida e impresa en español a cambio de una módica contribución; hay más listas de nombres que a buen seguro tuvieron su interés y sus vidas; y una larga carta a Pablo Chapuy en la que alguien (pues está incompleta) solicitaba su ayuda para localizar a un tercero al que le habían dejado dinero y no daban con él; luego, tarjetas de visita y más papeluchos; hasta que finalmente llegamos al meollo.

En página impar blanca alguien ha escrito a lápiz que el catálogo que empieza a continuación lo entregó Édouard Favre a la vez que remitía, en 1907, su colección a Ginebra. Se presupone que es de Chapuy, entre otras cosas porque está escrito por la misma mano que algunas anotaciones que hay en la colección que nos interesa.

Así que, cuando Chapuy sacó los papeles de España, iban con un catálogo-inventario originario. Ese lo recibió Favre, que lo entregó a la BPUG y, finalmente, todo parece indicar que sirvió de base al de Micheli.

El catálogo-inventario originario está escrito por una temblorosa mano anciana, en hojas apaisadas. El dominio del español es perfecto. Está ordenado cronológicamente. Así que, es de suponer, que la colec-

ción original también lo estuviera así y que por unas cosas y otras, se desordenara.

Micheli conocía ese catálogo-inventario originario y los fondos que se describen son los mismos. La primera entrada del catálogo-inventario originario dice así, «1196, marzo, 16. 20 papeles o documentos del Rey don Pedro II de Aragón pertenecientes a la villa de Perpiñán en el Rosillón». A día de hoy esa nota hace referencia al vol. LXVI de la actual col. Favre, cuyo fol. 1 contiene —y leo a Micheli— «Vingt documents divers (privilèges, requêtes, etc.) concernant a la ville de Perpignan, xii^e— xvii^e siècles...»; asimismo, la cuarta entrada que dice «1500, mayo, 7. Bautismo del infante don Carlos, hijo primogénito del archiduque don Felipe. Fue bautizado en la iglesia de San Juan de la Villa de Gante (Bélgica)», está actualmente en el vol. I, fol. 36, «Relation du baptême du prince Charles, célébré à Gand, en l'église de Saint-Jean, le 7 mars 1500»..., y así sucesivamente. La carta de Fernando, rey de Hungría, al licenciado Villagómez de la Chancillería de Valladolid (p. 3 de Chapuy) está en la actualidad en el tomo I, fol. 190; las cartas de los carmelitas en que describen Etiopía y el Congo (Chapuy, p. 57) están en Micheli LXVII, fol. 229, y así aleatoria y sucesivamente.

Es digno de tenerse en cuenta que el orden de los papeles se alteró en algún momento de la historia. De hecho una mano aún más temblorosa, que me gustaría imaginar que es la de Favre repasando y hojeando al final de su vida su gran colección, digo que una mano aún más débil anota (por ejemplo Chapuy, 66), «Il n'essite plus» al margen de unos papeles sobre tratados con Roma, o al margen de «Varias piezas en versos la mayor parte manuscritas y originales de diferentes sujetos. Varias cosas. 2 legajos».

Si a alguien le colma de satisfacción saberlo, la nota en el fol. 68 que dice «les folios 68 a 140 sont blanc. Sept. 2014» debió hacerla algún honrado reprografador cuando pedí el manuscrito. Y digo honrado, porque en otros sitios me habrían digitalizado y cobrado esas páginas. Se cierra el tomo con unas tablas cronológicas de los más importantes reyes y señores de Europa.

No voy a ir cotejando una a una las entradas del catálogo-inventario originario con el inventario oficial publicado, porque son 160 páginas. Pero con lo dicho, es suficiente. Chapuy clasificó un fondo cronológicamente y en parte temáticamente porque algunos documentos, por su significación eran facticios, así el «Gran legajo de Sessa», o el «Gran legajo

de reyes», en los que había autógrafos de los monarcas, en un tiempo en el que como no había entrado aún la historia social entre los objetos de análisis de los historiadores, se buscaban, sobre todo, documentos con autógrafos. El catálogo-inventario originario de Chapuy arrancaba con un documento de 1196 y saltaba inmediatamente al 1495. Es verdad que hay algunos documentos medievales más (Chapuy, p. 58) en el catálogo de Chapuy. Micheli debió recibir la colección cuidadosamente desordenada y ampliada con respecto a los paquetes originales. Fue rehaciendo todo con infinita paciencia. Lo fue fichando. Sacó a la luz decenas de documentos entre 1196 y 1495. Dejó un legado exquisito para la posteridad.

Pero aún hay más. Una segunda pista del método de trabajo de Micheli. En la Bibliothèque de Genève se custodia un cuadernillo manuscrito de Léopold Micheli³⁵. Se trata de 58 páginas en octavo engavilladas con un cordel de pita. El contenido es interesante. Debe tratarse de un cuaderno de apoyo para sus trabajos en el que relaciona una cincuentena de títulos nobiliarios con algunos de sus poseedores. Así se debió ir ayudando para realizar su catálogo del fondo Altamira. De hecho este cuaderno en cuestión está registrado bajo el título «notes autographes sur la Collection Édouard Favre (Archives Altamira)».

Gracias a este cuadernillo podemos saber algo del material de apoyo que usó Micheli para preparar su excelente catálogo: de Florez, sus *Reinas Católicas*, en la edición de Madrid, 1761, 2 vols.; de don Luis Salazar y Castro su *Historia genealógica de la Casa de Lara*, en la edición de Madrid 1796-1797 en 4 vols.; bajo el epígrafe de Im Hof, J. W., *Genealogiae viginti illustrium in Hispania familiarum*, Leipzig, 1714 en 4º (destaca que recoge la nómina de 20 familias); de Francisco Xavier de Garma y Salcedo, sus 4 vols. publicados en Madrid entre 1738-1751 intitulados *Theatro universal de España*, del que destaca que «le tome IV de cet ouvrage la liste des presidents successif des différents Conseils». Además, por anotaciones en el cuadernillo, podemos saber que usó el *Felipe II* de Cabrera de Córdoba (ed. de 1876), Gayangos (tomo III, p. 49 sobre los de Alcañices), Francisco Fernández (?) de Bethencourt, *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española, casa real y grandes de España*; de Morel-Fatio su *Espagne aux xvii^e et xviii^e*, p. 679 para ilustrar alguna noticia de los condes de Sátago; y analiza para ver cómo estructura su trabajo el de Van der Gheyn, *Catalogue des manuscrits de la Bibliothèque Royale de Belgique*, Bruselas, 1901-1906, 6 vols.

³⁵ Bibliothèque de Genève, Ms.Var 1/1.

Además de esas ayudas genealógicas, se hizo una chuleta sobre el «Conseil Royal» con la relación de sus presidentes desde 1497; deja por escrito cómo le llama la atención que «la ville de Cordova donna son nom a un grand nombre de personajes et de families»; hizo lo propio con un par de notas sobre los «Grandes d'Espagne» (y usa la clasificación de «Grandes inmemoriales», «grandes restablecidos» y «grandes creados») notas a las que acompaña la relación de «Los primeros Grandes de España, 1520».

El inventario definitivo es de factura excelente. Se describen 82 cajas, constando una breve descripción genérica del contenido, así como el número de páginas y una minuta prácticamente folio a folio. Como digo, es un inventario muy exhaustivo. Y además cuidadosamente impreso: casi no hay erratas. Pero sí curiosas omisiones. Concretamente una me ha llamado mucho la atención.

En la edición primera del *Bulletin Hispanique*, 14, 1912, a la página 88 cuando se ha terminado la descripción del tomo 75, se cierra con lo que contiene el folio 117, «lettre du roi Charles II au ixe comte d'Altamira...». Luego la apostilla habitual entre paréntesis «(117 feuillets; 280 sur 220 milimètres)».

Pues bien, en la edición segunda, la de 1914, la recopilatoria de sus amigos, el vol. 75 ya es más extenso. Tiene un «Fol. 118». Y ese fol. 118 es una «Lettre de Lope de Vega, sans adresse; s.d. original», de tal forma y manera que ya el tomo en cuestión tiene «119 feuillets, 345 sur 235 milimètres». La inclusión/exclusión de esta noticia de la existencia de un texto autógrafo de Lope, ¿a qué responde?

El asunto da para un capítulo de novela detectivesca. Ciertamente. Cuando se excluye la noticia, en 1912, Micheli ha muerto. Sin embargo, en 1913 Ernest Muret en el homenaje que se da a Émile Picot publica íntegramente la carta en cuestión que son unos borradores de epitafios de Lope a Felipe III³⁶. Ernest Muret fue un romanista, que impulsó el desarrollo de esos estudios filológicos institucionalizados en Suiza, tal y como ha estudiado Fryba-Reber³⁷. En cualquier caso, al parecer le ayudaron en la mejora de las primeras lecturas del texto de Lope tanto Delarue, conservador de manuscritos de la Biblioteca de Ginebra, como Morel-Fatio (quien se leyó la primera versión del texto), y Oltramare.

³⁶ Muret, 1913, pp. 365-370.

³⁷ Fryba-Reber, 2009, S. 33-60, hier S. 48-50.

Descrito el tomo 75 en 1912 (sin alusión a la carta de Lope), publicada la carta con epitafio en 1913, por fin aparece descrita definitivamente para el público en general en el inventario de 1914.

¿Por qué esta sucesión de ocultamientos, alumbramientos y fechas? ¿Quién le da noticia a Muret de la existencia de este texto? Él, desde luego, no es un conocedor del fondo Favre-Altamira. ¿Por qué se «esperan» a dar la noticia a la recopilación de los capítulos dispersos del inventario en varios números del *Bulletin*? Si a esto le añadimos que para publicar algo han de transcurrir varios meses desde la redacción definitiva, las pruebas, etc., hay muchos tiempos muertos, de los que no sabemos nada, que son los que nos permiten imaginar una historia de favores, plagios, vendettas por oposiciones, robos de noticias o felices hallazgos que dan para una novela policíaca ambientable en los depósitos de la Biblioteca, en los despachos de la Universidad.

O tal vez todo sea mucho más prosaico, como vamos a ver más adelante.

No sé si habrá más «curiosidades» como esta en las dos versiones del inventario. Lo que sí hay es un olvido.

Efectivamente, en las dos versiones del inventario, al describir el vol. 82 se introdujo la misma nota. En ella se explica que los contenidos del volumen en cuestión son de origen disperso, de tal manera que se trataría de un tomo facticio. Pero en la misma nota, y es lo que me parece más interesante, se advierte de que «un certain nombre de pièces incomplètes ou non identifiées, réunies dans un portefeuille qui porte le número 82, n'ont pas été inventoriées». Estas son palabras publicadas en 1912 y de nuevo en 1914.

Hemos podido trabajar con ese volumen 83, que a día de hoy lo constituyen dos tomos. Me consta que la profesora Dora Mancheva está, a su vez, preparando una investigación más profunda que estas palabras nuestras sobre los contenidos de ese volumen.

En cualquier caso, volvemos a un baile agitado de fechas. Es en 1912 cuando en el *Bulletin Hispanique* se advierte de que no están inventariados aún esos documentos incompletos o sin identificar. Se puede ver en nota al pie del fascículo correspondiente. Sin embargo, en agosto de 1911 Frédéric Gardy, Director de la BPUG, archivero y amigo de Micheli, había dejado una nota en la caja 83-1 explicando que acababa

de terminar el inventario en cuestión³⁸. Ya habían remitido el original mecanografiado del número correspondiente a *Bulletin Hispanique* y es posible que no pudiera entrar en imprenta nada más. Pero, ¿por qué no se hace la corrección aclarando los contenidos de esa caja sin describir en la reedición de 1914? Podría haber alguna respuesta en los archivos históricos del *Bulletin Hispanique*, pero por correo electrónico de 10-9-2014, la dra. Myriam Martin me informa que, tras una terrible inundación, se han perdido los archivos científicos en cuestión³⁹.

En cualquier caso, como digo, la «recuperación» para la investigación de estas dos cajas se debe a Dora Mancheva de la Universidad de Ginebra. Por tanto, a la espera de la publicación de sus trabajos no tengo nada que decir, salvo que se trata de un galimatías de papeles del siglo XVI al XIX, de carátulas puestas en alguna organización del archivo durante el tiempo del Barroco o la Ilustración (veo con desesperación preciosas listas de documentos interesantísimos que conforman la «Memoria de los papeles que hay en este cajón», varias veces), de originales cifrados, de originales descifrados, o como reza el título de una de las subcarpetas «Documents chifrés et non identifiés», copias manuscritas de la mano de Favre de documentos que, por los motivos que fueran, le llamaron la atención; copias mecanografiadas de documentos que publicó Gachard (debe tratarse de copias que se quedaron en el archivo tras mandárselas al gran historiador); algún escrito hológrafo de Felipe II; una copia del Tratado de Garantía de La Haya de 29 de enero de 1670; un par de escrituras de la Casa de Altamira del siglo XIX, con el plano de un palacete; la mitad de la instrucción a Velada para que fuera al concilio provincial de Toledo (29-8-1582), con la firma y el sello reales; y decenas de documentos más que tal vez pacientemente podrían volver a encontrar su sitio original pero eso requeriría tiempo, paciencia y conocimiento de los contenidos, de las firmas, de los sellos, del hilo de los asuntos tratados en las otras ochenta cajas de Ginebra, o de los centenares que hay dispersos por Nueva York, Londres y Madrid.

³⁸ Bibliothèque de Genève, Col. Favre 83-1, «Note de Frédéric Gardy».

³⁹ «Des archives plus anciennes avaient été déposées dans une cave de l'Université mais il y a plusieurs années de cela le sous-sol a été inondé. Rien n'a pu être récupéré». Sé que este testimonio, si alguien lo leyera dentro de unos lustros, puede ponerlo en duda. Pero es una historia verdadera. Supongo que en algún periódico de Burdeos, o en alguna de las actas universitarias constará alguna noticia de esta tragedia científica.

Ahora bien: lo que contienen las 83 cajas hay que advertirlo, no estaba así en sus orígenes. Precisamente veo una nota «De los papeles que ay en este caxón» y entre ellos «Tres papeles, uno de las parroquias de Madrid y dos del gasto y del valor de las sisas, y otro de la carne y demás mantenimientos que se gastan en Madrid»: a día de hoy solo nos ha llegado el de las parroquias (en el libro 37). Y a continuación de ese papel de las parroquias no está «vn legajo de coplas y sonetos», como registró la memoria anterior.

En otro papelucho veo que «también hay papeles de lo que he pasado [advíertase que es en primera persona] con Su Majestad en diferentes ocasiones y con el Duque de Lerma». Fue el Marqués de Velada el que escribió esto y lo deduzco porque por la mañana hemos leído y releído lo que les dijo a ambos, al uno en el salón de la chimenea del Pardo y en Valencia y al otro en la Torre en el alcázar, y esos registros están dispersos en el legajo 37, como lo anterior: en su génesis, pues, en «cajones» diferentes.

Casar testimonios de este tipo con la localización actual, teniendo en cuenta los avatares por los que ha pasado la colección es tarea imposible. Si da resultados, es porque se ha trabajado finísimamente para poca cosa.

En fin, ¿qué habrá sido de «vn legajillo de papeles de Justo Lipsio» que estaban referenciados en uno de esos catálogos antiquísimos que fueron a parar a Ginebra?⁴⁰ ¡Pues que tal vez estén en Nueva York, porque el registro «Hispanic Society, Altamira, 22/55» dice “[Lipsius, Justus] *Anonymous paper regarding opinions of Justus Lipsius*. —s.l., [17th century]»!

Dicho sea de paso: en la actualidad las formas de conservación de los fondos de Ginebra y del Instituto Valencia de don Juan, son muy similares: por tomos y cada documento encolado en una cartulina en el borde, para que no haya cansancios, ni pérdidas de folios.

COMO COLOFÓN A LA COLECCIÓN FAVRE: EL PROCESO DE ELABORACIÓN DEL INVENTARIO

La memoria escrita de Morel-Fatio se conserva en Versalles. El dr. Fabien Montcher ha trabajado con ese fondo y me ha dado fotografías del epistolario recibido por Morel-Fatio⁴¹, pero remitido por Micheli y Gardy, Director de la Biblioteca de Ginebra. Esta es la sucesión de

⁴⁰ Bibliothèque de Genève, Col. Favre 83-1, fol. 99.

⁴¹ Fondo Morel-Fatio, Ms. 13.

contenidos de esa correspondencia, que como pasa casi siempre, solo habla a medias tintas:

El 22 de abril de 1910 Micheli escribía a Morel Fatio: le mandaba el final del inventario de la colección Favre. Explícitamente le pedía que le revisara la entrada del volumen 68, además de que hiciera las correcciones que quisiera e incluir las medidas que olvidó tomar el otro día en su casa. Junto al inventario iba un manuscrito que le había prestado Morel Fatio y un par de fotografías de dos cartas del Duque de Alba sobre las que habían hablado con anterioridad.

El 6 de mayo de 1910, Micheli escribía a Morel Fatio: constaban en el envío anejo las correcciones, poco importantes, pero muy numerosas que había hecho sobre las pruebas paginadas de las entradas 50 a 58; en segundo lugar, daba el visto bueno al trabajo, a expensas de lo que dijera el maestro Morel Fatio e incluso estaba dispuesto a revisar aún unas segundas pruebas.

Llegaban días terribles: El 2 de julio de 1910 Gardy escribía lacónicamente a Morel-Fatio: «Vous avez appris sans doute la douloureuse nouvelle qui vient de nous frapper: la mort accidentelle de mon cher collègue et ami Léopold Micheli»...

Le indicaba que iban a continuar con los trabajos dejados por Micheli y en particular el inventario de la colección Édouard Favre, que Fatio había acogido en el *Bulletin Hispanique*. Afortunadamente (así lo creían) el manuscrito estaba concluido a excepción de algunos detalles. Se tenía noticia de que Micheli lo había mandado a Morel-Fatio en abril. El día de su partida, el 20 de junio, era el día en que se mandaron las pruebas, pero no se sabía si el envío era completo o no. A Gardy le constaba verbalmente por Micheli que había pedido unas pruebas nuevas antes de paginación, debido al elevado número de correcciones que había. Desde luego, a mi modo de ver, todo un método de trabajo: pruebas corregidas..., sin acabar de haber correcciones. Erratas, problemas. ¡Es increíble la limpieza final de lo que se imprimió!

Así que el Director se comprometía personalmente por la memoria de Micheli y por la propia Biblioteca, a que la impresión y los índices se deberían acabar. Él, propiamente, se encargaría de todo ello, pero exhortaba a Morel-Fatio a que les diera consejo e indicaciones, por el gran respeto que le tenían. Tanto Gardy como Micheli habían disfrutado de los trabajos de Morel-Fatio y de su propia presencia. Era consciente de

los apoyos dados por Morel-Fatio a Micheli. ¡Es evidente que las formas de hacer de París-Burdeos inundaban Ginebra!

El 16 de septiembre de 1910 Gardy escribía a Morel diciéndole que había procedido a la verificación que le había pedido de las entradas 78, 79, 80, 81 y 83: «concuerdan», afirma taxativamente. Pero el 82, no. Los «Tratados relativos a la organización del Estado» forman un legajo que lleva el número 72 en letra manuscrita por Micheli. Éste había debido haber hecho modificaciones de última hora en el orden de los volúmenes y sus contenidos habiendo olvidado aclararlo. Hay varios volúmenes que Gardy no encuentra: son los que deben tener los números 68, 73, 75 y 76. Y entonces se pregunta, ¿cuál es el 72 de verdad? Hay un trabajo de verificación por hacer. No lo puede ejecutar hasta tener a la vista el inventario definitivo. Así que espera de Morel-Fatio instrucciones: que le mande la versión definitiva manuscrita antes de continuar con la impresión, o en su defecto, que se procederá a la verificación en las primeras pruebas de imprenta por venir.

Además, con respecto a las entrevistas habidas últimamente, aprovechaba la ocasión para informarle de que en la Biblioteca de Ginebra querían disponer de 200 ejemplares del inventario. Le pedía presupuesto. Eduard Favre había aceptado encargarse de los gastos de la impresión de los índices, como de las separatas.

El 1 de junio de 1911 (según el matasellos) Gardy mandaba una gentil tarjeta postal a Morel-Fatio en la que le advertía del envío de unos «papiers d'affaires recommandés», entre los que iban unas pruebas corregidas ya por Morel-Fatio, en las que Gardy había limpiado las erratas menores y, con respecto a las demás, iban acompañadas de un anejo con las correcciones propuestas o necesarias. Además, que había recurrido a la ayuda de Muret para que le resolviera algunas dudas sobre los contenidos de algunas fichas, aunque sin poder aclararlas. Esperaba, sin embargo, que las notas que mandaban a París fueran satisfactorias. Acababa contándole que no se iba a ir de Ginebra ese verano y que si lo hacía sería por unos pocos días, pero que le dijera si iba a ir él por allí, para ver si se encontraban.

El 17 de agosto de 1911 Gardy comunicaba a Morel-Fatio que había recibido el manuscrito final del inventario de Micheli y que lo iba a volver a revisar después de lo cual se lo iba a reenviar a Burdeos (sede del *Bulletin Hispanique*). Finalmente, se lamentaba de que no fueran a

verse durante el verano en Ginebra, aunque se verían próximamente en París, durante el invierno.

El 21 de octubre de 1912, desde Ginebra, Ernest Muret solicitaba de Morel-Fatio su opinión sobre algo que había escrito y que no sabemos que es. Además, le decía que si la carta de Lope no estaba en el inventario de Micheli, era porque alguien, «probablement» la había «détachée» (es decir, «retirado», «apartado») de la colección Favre para ponerla en la vitrina en la sala de autógrafos y retratos. Gardy estaba preparando el suplemento (la unión de los fascículos) del Catálogo. En ese suplemento iba a mencionar el texto de Lope de Vega. Por lo demás, le expresa la alegría que a sus amigos ginebrinos les habría causado haberse encontrado con él (con Morel-Fatio) en Ginebra. (Ni aun con este testimonio me creo a Muret: ¿Qué él no sabía quién, o cuándo había sacado el texto de Lope para ponerlo en la vitrina?; ¿a santo de qué el «probablement»? ¡Tampoco es tan grande la Biblioteca de Ginebra! Da la sensación de que «alguien» había «distráido» el manuscrito de Lope y que acabó reapareciendo porque estaba fichado).

El 27 de junio de 1913 Gardy remitía a Morel-Fatio pruebas de texto del inventario, pero sobre todo de índices. Estos los había confeccionado un auxiliar de manuscritos de la Biblioteca, Fernand Aubert (cuyo nombre recuperamos hoy y aquí). Le invitaba a que escribiera un prefacio sobre Micheli. La verdad es que las dudas sobre topónimos, o sobre algunas de las fichas redactadas por Micheli fueron abundantísimas. De hecho, el Director señalaba algunas incertidumbres («¿qué quiere decir —pregunta— carrujio»? Y es que en verdad el haber leído el español del xvi, por ejemplo, haber transcrito apellidos o nombres de lugares o geográficos, no era ninguna broma. Aún queda alguna errata en el catálogo a pesar de las lecturas de Micheli, Aubert, Gardy y Morel-Fatio. Al final de esta carta, se interesaba otra vez sobre si iría en verano a Ginebra o no.

El 30 de marzo de 1914, Gardy mandaba un paquete a Morel-Fatio con las pruebas de las últimas páginas y del Índice alfabético. Al mismo tiempo le solicitaba el texto de la introducción. Para no herir susceptibilidades, le aclaraba que él deseaba poner unas palabras previas que no afectaran al texto del maestro (como nos ocurre siempre, el texto de Morel-Fatio llegaría muy tarde, cuando los pliegos estaban impresos y los blancos reservados. Tal vez Morel-Fatio mandó más de lo que se esperaba y así, «La Direction de la Bibliothèq̃ue publique et universitai-

re de Genève» dedicó solo tres párrafos, en página par y sin título a la presentación del catálogo en cuestión).

Por fin: el 14 de julio de 1914 Gardy mandaba a Morel-Fatio un ejemplar del Inventario, recién salido de imprenta y en tono muy elegante le agradecía todo cuanto había hecho, le expresaba su reconocimiento y amistad y le manifestaba la esperanza de que el trabajo culminado sirviera para dar a conocer el fondo Favre a historiadores e hispanistas.

Por su parte, era el 28 de julio de 1914, cuando Louis Chauvel en nombre del Ayuntamiento de Ginebra daba reconocidas gracias a Morel-Fatio por haber publicado en *Bulletin Hispanique* el inventario de los papeles de Altamira, así como el buen lugar en que dejaba al difunto Micheli. Por todo ello, las autoridades municipales le expresaban su más reconocido agradecimiento.

Entre los papeles de Morel-Fatio, aún se conserva la biografía de Micheli escrita por Gardy y que le mandó al hispanista su desconsolada viuda⁴².

ALGO NUEVO MÁS SOBRE LA COLECCIÓN ALTAMIRA. UN SEXTO DEPÓSITO DESCONOCIDO

En el año 2006 se redescubrieron varias cajas con documentos patrimoniales de la Casa de Altamira: son 32 cajas con 503 manuscritos⁴³. Sancho Rayón —el bibliotecario asesor de los Zabálburu del que se ha hablado más arriba— se quedó con 3.000 manuscritos y a su muerte — en 1900— compró su biblioteca el Marqués de Jerez de los Caballeros. Sin embargo, un par de años más tarde éste se la vendió a Archer M. Huntington, fundador de The Hispanic Society of America. Y allá quedaron. Fueron olvidados hasta que en 2012, la Fundación Andrew W. Mellon becó a Geoffrey Parker y dos discípulas suyas (Aram y Ball) para que catalogaran las 32 cajas de documentos. Ese catálogo «en bruto», ocupa 420 páginas. Parker ha usado con profusión este fondo en dos obras recientes: en *El rey imprudente* y en la edición de las «Instrucciones de Palamós»⁴⁴.

⁴² Gardy, 1911.

⁴³ Algún dato más sobre esta interesante noticia se puede ver en PARES, buscando por «Altamira»: <http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/ControlServlet?accion=3&txt_id_desc_ud=4019099&fromagenda=N> [25/06/2016].

⁴⁴ Parker, 2015 y de él mismo, el impresionante hallazgo del original de las «Instrucciones de Palamós» que edita con R. BALL, 2014.

Y aún queda algún fleco suelto más por identificar: a buen seguro que en Edimburgo, París y a saber dónde más.

LAS «CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN» EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

De hecho, uno de los documentos más preciados que se custodian en la Real Academia de la Historia, en Madrid, son las «Cuentas del Gran Capitán»⁴⁵.

COLOFÓN

Ahora, que se cumple precisamente un siglo desde que se reunieron los artículos dispersos en *Bulletin Hispanique* no podemos por menos que agradecer al Departamento de Romanística de la Universidad de Ginebra el que nos haya permitido rendir este homenaje a la denodada labor de Micheli y reconocer el esfuerzo hecho por las instituciones públicas y privadas que custodian el fondo disperso Altamira, el cuidado y orgullo con que lo cuidan y las atenciones que dan a los investigadores.

Con respecto a la colección Altamira y su dispersión, creemos que es tiempo de volver a empezar a investigar sobre ello. Ya hemos puesto de manifiesto, vías, caminos, fuentes e ideas que podrán arrojar luz a una situación algo confusa.

En este mundo digital, alguien habrá que —aunque solo sea con los catálogos— hará una «refundación virtual de la colección Altamira», a la que se podrían sumar con total facilidad las dos bases de datos documentales y sus imágenes de la Zabálburu y el Valencia de don Juan (que

⁴⁵ Consta el manuscrito de una veintena de páginas de las «Cuentas que dio el Gran Capitán, mi señor, de lo que recibió y gastó siendo capitán general de la gente de a caballo y de a pie. Están firmadas de su excelencia. Año de 1499». Con ser interesante la relación de cargos y datas, aún lo es más, para los propósitos de este trabajo, la «Escritura de venta de un documento histórico otorgada por doña Josefa O'Shea y Ossorio de Moscoso a favor de Manuel Company Abad», es decir, la escritura notarial de venta del documento entre ambos comparecientes. Resulta que ella era hija de doña Cristina Ossorio de Moscoso, Duquesa de Sanlúcar la Mayor, y nieta de don Vicente Pío Ossorio de Moscoso, Conde de Altamira. El comprador es identificado como «fotógrafo». El documento «escrito en caracteres antiguos, de fines del siglo Quince», es descrito gracias a la expertización realizada por Darío Cordero Camarón, a petición de la propietaria, que naturalmente da por auténtico el documento (9-XI-1907). El precio de la venta es de 5.000 pesetas, que se abonarán por medio de ocho letras de cambio que se irían abonando de 500 en 500 hasta junio de 1908. En fin, la escritura notarial es otorgada por Fidel Martínez Alcayna, el 22 de noviembre de 1907.

las hizo la Fundación Ramón Areces), la reproducción de los documentos de Ginebra. Lo de Londres apunta a ser excesivamente costoso. Igualmente, se podría recuperar el fondo neoyorquino.

No creemos que en el mundo de lo virtual haya una oportunidad para recomponer un fondo documental de los Siglos de Oro como esta, ni menos «ilustrada», al haberse reunido en el Metropolitan los retratos de la familia Altamira hechos por Goya y Esteve, que podrían animar visualmente tan trascendental fichero.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrés, Gregorio de, «La dispersión de la valiosa colección bibliográfica y documental de la Casa de Altamira», *Hispania: Revista española de historia*, 46, 164, 1986, pp. 587-635
- Ball, Rachael y Geoffrey Parker, *Cómo ser rey. Instrucciones del Emperador Carlos V a su hijo Felipe. Mayo de 1543. Edición crítica*, The Hispanic Society of América, Centro de Estudios Europa Hispánica y Center for Spain in America, 2014.
- Barbey, Frederic, «Léopold Micheli», *Bibliothèque de l'école des chartes*, 71, 1910, pp. 462-464.
- Bouza Álvarez, Fernando Jesús, «Guardar papeles —y quemarlos— en tiempos de Felipe II. La documentación de Juan de Zúñiga (Un capítulo para la historia del fondo Altamira)», *Reales Sitios*, 129, 1996, pp. 2-15 y 131, 1997, pp. 19-33.
- Fryba-Reber, Anne-Marguerite, «De Gustav Gröber à Arthur Piaget (1872-1895). L'institutionnalisation de la philologie romane en Suisse», en *Portraits de médiévistes suisses (1850-2000). Une profession au fil du temps*, ed. Ursula Bähler und Richard Trachsler mit Larissa Birrer, Genf 2009, S. 33-60, hier S. 48-50.
- G[onzález] de Amezúa, Agustín, *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, vol. III, Madrid, 1941, pp. ix-xlvi.
- García-Mazas, José, *El poeta y la escultora. La España que Huntington conoció*, Madrid, The Hispanic Society/Revista de Occidente, 1962.
- Gayangos, Pascual de, *Catalogue of the Spanish manuscripts in the Spanish Language in the British Library*, Londres, impreso por orden de Trustees, 1875, 4 vols.
- Gonzalo Sánchez Molero, José Luis, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010.
- Llera, María Teresa, «El estudio de los fondos de la Biblioteca Francisco Zabálburu», *Revista General de información y documentación*, 15, 2005, pp. 103-128.
- Llera, María Teresa, *La biblioteca Francisco de Zabálburu. Adquisición de fondos y*

- estudio catalográfico*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007, 2 vols.
- Martínez Hernández, Santiago, *Don Gómez Dávila y Toledo, II marqués de Velada y la Corte en los reinados de Felipe II y Felipe III*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- Martínez Hernández, Santiago, *El Marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III: nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004.
- Morel-Fatio, Alfred, *Catalogue des manuscrits espagnols et des manuscrits portugais*, París, Imprimerie Nationale, 1892.
- Muret, Ernest, «Une lettre inédite de Lope de Vega», en *Mélanges offerts à Émile Picot, Membre de l'Institut, par ses amis et ses élèves*, vol. II, París, Damascène Morgand, 1913, pp. 365-370.
- Noviembre, Mercedes, «La Biblioteca de Francisco de Zabálburu: del siglo IX al siglo XXI», *Pliegos de Bibliofilia*, 6, 1999, pp. 19-32.
- Parker, Geoffrey, *Imprudent King. A new life of Philip II*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2014.
- Parker, Geoffrey, *El Rey imprudente*, Barcelona, Planeta, 2015.
- Poske, Betrice Gilman, *Archer Milton Huntington*, New York, The Hispanic Society of America, 1963.
- Rodríguez Moñino, Antonio y María Brey Mariño, *Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos existentes en la Biblioteca de The Hispanic Society of America (siglos XV, XVI y XVII)*, vol. III, New York, The Hispanic Society of America, 1966.
- Salazar Acha, Jaime, «Los Osorio. Un linaje de más de mil años al servicio de la Corona», *Anales de la Real Academia Matritense de heráldica y genealogía*, 6, 1997, pp. 143-182.
- Schack, Adolf Friedrich von, *Geschichte der dramatischen literatur und Kunst in Spanien*, Berlín, Duncker & Humblot, 1945-1946, 3 vols.

C o l e c c i ó n B a t i h o j a



Este libro puede parecer heterogéneo y de hecho lo es, como su propio título indica: *El Parnaso de Cervantes y otros parnasos*. En vano buscaremos un hilo conductor entre la obra de Cervantes y los demás textos que aquí se presentan. Y, sin embargo, se puede hablar de coincidencias fortuitas. Sin duda, la más llamativa es que el *Viaje del Parnaso* viera la luz en 1614 y que justamente trescientos años más tarde se publicara el catálogo de la colección de Édouard Favre, trabajo ejemplar llevado a cabo por Léopold Micheli. Se trata de un conjunto de varios miles de documentos conservados en la Biblioteca de Ginebra, conocida hasta hace unos años como *Bibliothèque publique et universitaire* (BPU), cuya existencia se remonta a 1556. Diez trabajos forman el contenido de este volumen: cuatro de ellos, dedicados a la obra de Cervantes; otros cinco, referidos a materiales de la biblioteca ginebrina; en fin, otro artículo se centra en aspectos históricos que explican cómo a finales del siglo XIX y en los primeros años de la centuria siguiente se fue deshaciendo la magnífica colección de Altamira, dividida en varios lotes que se dispersaron por el occidente europeo.

Abraham Madroñal es en la actualidad catedrático de la Universidad de Ginebra e investigador científico del Centro de Ciencias Humanas del CSIC. Especializado en el Siglo de Oro, ha publicado libros y artículos centrados en el teatro breve, los vejámenes, la poesía, Jiménez Patón, Cervantes o Lope de Vega. Es director de la revista *Anales Cervantinos* (CSIC-Centro de Estudios Cervantinos) y de la colección Clásicos Hispánicos (Iberoamericana-CSIC).

Carlos Mata Induráin es investigador y Secretario del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra, y Secretario del Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA, Madrid / Nueva York). Sus principales líneas de investigación se centran actualmente en la literatura española del Siglo de Oro: comedia burlesca, autos sacramentales de Calderón, Cervantes y las recreaciones quijotescas y cervantinas, piezas teatrales sobre la guerra de Arauco, etc.



Universidad
de Navarra

GRISO



UNIVERSITÉ
DE GENÈVE



IGAS Institute of Golden Age Studies / IDEA Instituto de Estudios Auriseculares